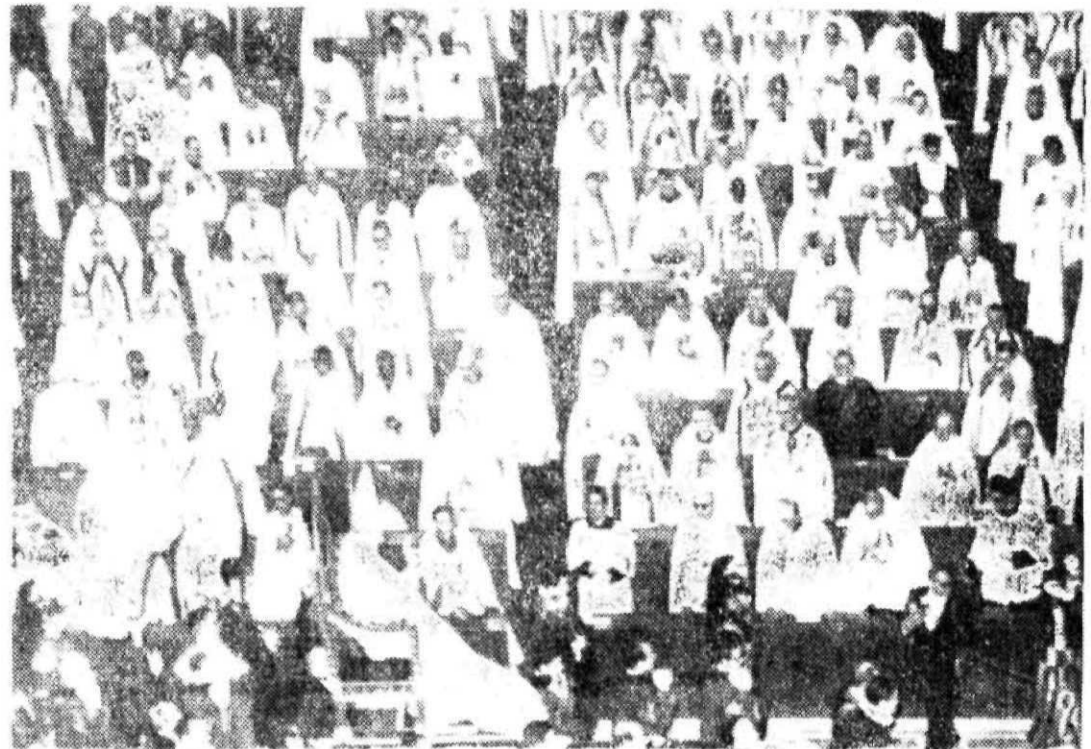


# La elección del anticlericalismo español LOS PLAZOS

El tema del anticlericalismo español es muy difícil, no solamente por la riqueza y complejidad con que se presenta a través de la historia, sino sobre todo por la fidelidad de la tradición que pesa sobre él. Siendo como es una manifestación muy importante de nuestro sentimiento religioso, se le aborda con entera alegría, se le minusvaloriza o se le convulsa en asuntos chocantes y se le politiza sin escrupulo alguno.

Sin embargo, creo que anticlericalismo, lo que se dice anticlericalismo en sentido técnico, creo que ha habido y ha en nuestra historia. Mas lo que se piensa, y yo no tan claro como López Morillas, por ejemplo, el que el problema religioso del XIX español fue un problema clerical y no religioso. Por propia iniciativa, compra de historia, anticlericalismo es la reacción del «clero» o pueblo contra el «clero» o clase privilegiada y dirigente: sacerdotio, universidades o magistratura de la ciudad antigua. Mas lo que será también anticlericalismo la reacción del pueblo cristiano contra los clérigos que forman parte de la Iglesia, utilizar ellos solos la Biblia, quitar a otros el poder, la santidad, además de recibir todas las cosas del mundo. De manera aún más amplia, será, en fin, anticlericalismo la reacción de los hombres del siglo contra las pretensiones sacerdotales de influir y gobernar la ciudad del mundo, ferozmente, asumiendo su radical autonomía natural en la «ratio» sobrenatural.



La aceptación de la democracia, el repudio del clericalismo, delabran privados de sostén para sus intereses a los viejos «caballeros cristianos». Pero este anticlericalismo —en realidad es un anticlericalismo— se agudiza ahora tras el Concilio Vaticano II. El sacerdote deja de formar parte de los «clerigos acomodados», como dice muy bien el P. Modesto Prats, para lanzarse entre el mundo y correr la suerte humana de los pequeños y los pobres o los atribulados y ahí está el señor conde de Saint-Pierre con unas finisimas antenas para captar la «estratagemas» o el rabino lo estaban en esta toda era actual y, por otra parte, nada nueva literatura anticlerical con que se nos ha obsequiado recientemente. A mí, personalmente, no me ha sorprendido lo más mínimo, ni siquiera en sus modos un tanto descompensados. Es claro como la luz del día el escasamente que entre nosotros se ha valorado siempre la condición esencial evangélica del sacerdote y la función que ha importado su concurso político como «instrumentum regni», no sólo político, sino social para el amansamiento de las demandas populares y para una política de la humillación y la despersonalización del pueblo.

En todo caso, lo que es preciso no perder de vista es que el fenómeno anticlerical es un fenómeno epistémico a la fe, que no roza a ésta para nada y es solamente una crítica del grupo sacerdotal, de su encarnación del ideal cristiano o de su actuación histórica. Porque sucede que lo que muchas veces se ha llamado anticlericalismo es pura y simplemente anticlericalismo o antirritualismo. La simple presencia del sacerdote, cuando éste es un testimonio vivo de la sobrenaturaleza, en el mundo circundante es un estado psicológico de autodefensa, de antipatía, de odio quizá, si este mundo es más o menos opaco o distante de los valores evangélicos; en este sentido el anticlericalismo del XVIII, por ejemplo, fue una típica reacción de una ideología que se centraba sobre el hombre, como valores autónomos, contra el sacerdotio, testigo de la trascendencia que se consideraba como una amenaza del hombre y de todo lo humano. Era un antirritualismo. Pero el anticlericalismo de los ilustrados cristianos de este mismo siglo era, por el contrario, perfectamente cristiano: criticaba a los clérigos el «vivir mal» su sacerdotio (ausencia de poder, nicolaísmo, etcétera) o incluso el «ser mal» (supersticiones, ignorancia de la teología, etcétera). Hablando en general, éste es el tipo de anticlericalismo medieval hasta cuando, como sucede en el Arzobispado de Hita o en el refranero popular, las críticas se dirigen en contra de la biotipología y la manera de ser clerical, la función sacerdotal en sí, siendo estimada al máximo, sólo se lamenta que éste tan necesitadamente representada. Ello explica que la literatura o hasta las artes plásticas sean tan acerbas en la crítica clerical y, sin embargo, se toleren tan ampliamente por la Iglesia y por la misma Inquisición. Pero de la «fuerza de la muerte», de Diego de Badajoz, ya hicieron buena tala los señores inquisidores, hasta el punto de ser un «ejemplar rarísimo el que ha llegado hasta nosotros, por lo que se refiere a la riqueza de la Iglesia y la ambición de la Curia, su misma estructura jurídica de poder, a la manera como lo hacia, por ejemplo, el franciscanismo de izquierda. Liquidado radicalmente por Juan XXII.

Y, quizá porque entre nosotros el ejercicio ha estado desde tiempos remotos hasta los más próximos imbricado en nuestra vida civil a la manera íntima como el alfano o el rabino lo estaban en las sociedades mora y judía, es natural que cualquier conmoción en estas sociedades le haya alcanzado de lleno. Esta especial condición de la clerical española explica más profundamente muchas cosas del clericalismo o anticlericalismo hispanico que miles de datos, y la visión medieval y jurídica-política que aquí sigue teniendo de la Iglesia y del sacerdotio, por lo tanto, es más poderosa en la motivación de la conducta clerical o anticlerical de los españoles que las ideas modernas al respecto. Y claro que no intento decir con eso que la desvergonzada propaganda anticlerical del XIX sobre todo y primeros años del XX no haya hecho su mérito y dejado su impronta. No puedo decirlo. La literatura de «El Motín» o de «Fray Gerundino» y los dibujos del primero o del mismo Ortega, para no hablar de cierto teatro, del que no se libraba la «Electra», de don Benito, o de artículos y novelas más responsables, prepararon de alguna manera la matanza sacerdotal de 1936-1939, como otras prácticas habían influido en la de 1803 y años anteriores y posteriores. Pero lo tremendo es un pueblo moderno en el que todavía es posible —y parece que sigue siendo— el agitar la figura del clérigo como un bandero de lucha, que es un pueblo de gran peso medieval, de absoluto confesionalismo político-religioso y no sé en qué gran medida ese confesionalismo de muerte y violencia es el reverso del otro confesionalismo de triunfo de política-religión o religión privilegiada y, por lo tanto, necesaria-

mente política. En países con perfecta conciencia civil, por el contrario, no es posible el anticlericalismo como un rasgo posible el clericalismo, ni las leyendas en uno u otro sentido gozan de favor alguno. Lo tremendo de estar asociada «more medioeval» la religión a la vida política es que se desnaturaliza, pierde su prestigio sobrenatural y queda sometida a los avatares de lo temporal. Y acostumbra a pensar en términos demasiado humanos sobre lo religioso, a decir «curas» en vez de «sacerdotes» y a contemplar el grupo sacerdotal como a un cuerpo peculiarísimo de la sociedad, y a la vez que íntimo, extraño a la misma, con su psicología, sus modos, su condición cehibitaria, que, en países de profunda inhibición y exacerbación sexual como el nuestro, es tentador tomar a chascos y autocomplacarse en ello en sueños cuentos y equívocos.

De esta manera el cura, entre nosotros, vive como en un «schetto» espiritual. Se le llama para que celebre fiestas familiares o patrióticas, se le deja sólo en el vagón de ferrocarril que viaja o en la mesa de restaurant, si ello es posible. Se le besa la mano como a las señoras, se interrumpen ciertas conversaciones en su presencia, se le teme o se le rodea de un aura inhumana, se le utiliza para ciertas recomendaciones como a un brujo oficial, pero pocas veces se ve en el misterio sacerdotal que tiene cabe nosotros. Pocas veces se le pide lo único que tenemos derecho a pedirle y él puede darnos, a Cristo. Le pedimos más bien consejos o hasta que administre nuestra conciencia para no tener que cargar nosotros mismos con la responsabilidad de nuestras decisiones; incluso le cedemos a nuestros hijos para que los eduque, porque, como decía monsieur Thiers, el que a cambio protejan nuestros intereses de los apetitos revolucionarios bien merece que los pequeños reciban una idea que luego en seguida les haremos olvidar. Quizá no lo hacemos con tanto civismo, pero sí que creemos que hay como un tacito acuerdo entre la Iglesia y nuestros intereses y nos parece que el cura comete una traición con nosotros hasta cuando prescinde de la sotana, tan decorativa en nuestras calles o salones, tan indicativa de que tenemos que tener en cuenta lo que hablamos como cuando aparecen las falas de las damas en nuestras tertulias. Ni siquiera somos anticlericales, cuando nuestro deber es serio: cuando el sacerdote se torna clerical, teocrático, invasor de la autonomía de lo temporal, miembro de una élite dirigente y cerrada. Y creemos que somos anticlericales porque odiamos la parte irremediablemente «demagógica» del Evangelio, el testimonio de las Bienaventuranzas, las exigencias sociales del culto eucarístico.

No es tan fácil el anticlericalismo. Es un terreno movido y confuso. Se necesita ser un cristiano muy consciente y

Hace algunos años, muy pocos, quien se decidía a adquirir cualquier producto a plazos exigía poco menos que el secreto confesional para su compra. Era algo así como infamante recurrir a la fracción de los importes en varios meses o incluso años. Naturalmente que de esta apreciación se escapaban las clases más modestas de la sociedad. El obrero que quería una bicicleta para acudir a su lugar de trabajo, el matrimonio de modestos que necesitaba un dormitorio o los padres que carecían de ahorros para completar el ajuar de la hija que quería casarse, acudían a aquellos establecimientos que utilizaban este sistema, muchas veces sin rebozo y casi dolorosamente. Las clases medias o altas eran mucho más escrupulosas a la hora de comprar a plazos. Se hacían operaciones, que duda cabe, pero significaría una vergüenza familiar que las mismas se propalaran, lo que muchas veces parecía inevitable. La presunción hispana, sucedáneo del orgullo de aquel hidalgo del Lazarillo que se espolvoreaba la barba con migas de pan, seguía siendo hermetica. La mesocraza, que tantas páginas inspirara a Galdós y que tantos afilrazos recibiría de los humoristas de principios de siglo, juzgaba una indignidad deber algo a alguien. La pirueta de los veraneos, del «alternar» y del vestir elegantemente habrá originado tragedias oscuras e íntimas y es una de las causas de la sordidez española, aún tan arraigada.

Muy pocos años iban a pasar para que aquellos principios se derrumbasen sonoramente. Se senta millones de letras de cambio andan constantemente circulando por toda la geografía, no pocas de ellas impagadas. Otro curioso y radical viraje éste de los impagados. Para los padres de muchos de quienes devuelven efectos pensar, tan sólo, que su obligación de pagador iba a quedar en entredicho daría motivo a escalofríos de espanto. «Esta es una casa seria», se repetía a menudo. La ejecutoria de esta seriedad radicaba en la escrupulosidad contable. Siempre había fondos para atender las necesidades más perentorias. También es la época de los pistolezcos de quienes no se encontraban en situación de atender sus compromisos y se marchaban de la vida «dignamente», incluso logrando el respeto y la admiración de los acreedores. La calaverada, que llenó de señoritos insustanciales al país, no valía para las deudas de honor, contraídas por una obligación mercantil o por una locura estival ante una mesa de juego.

## LA IV LONJA TEXTIL DE ESPAÑA SE CELEBRARÁ DEL 27 DE SEPTIEMBRE AL 2 DE OCTUBRE

La Comisión organizadora de la Lonja Textil de España ha aceptado las sugerencias manifestadas por el Sindicato Nacional Textil, sectores y gremios sindicales y los propios industriales, de efectuar la cuarta presentación del certamen entre los días 27 de septiembre al 2 de octubre venideros.

Las esperanzas y deseos puestos en la próxima Lonja, como mercado de los manufacturados de la industria textil española, han de verse confirmados con la presencia de confeccionistas, comerciantes, sastres, etcétera, que en estas fechas realizan tradicionalmente su desplazamiento a Barcelona. Nuevamente la Feria de Muestras será el marco adecuado para la reunión de la gran familia textil, en plena coordinación sectorial, cuyo objetivo común es mejorar la estructura de la red de distribución textil a nivel de los países europeos más avanzados.

Al igual que en años anteriores, la organización de la Lonja se ve honrada con la presidencia en el Comité de honor de S. E. el Jefe del Estado.

## EL CABALLO DETROYA

«Soy un demagogo»

## CARA Y CRUZ DE LA DEMAGOGIA

El arquitecto Oriol Bohigas ha declarado a Antonio Figueuero, el agudo periodista de «El Noticiero Universal»: «Ya se sabe que, a estas alturas, cuando se habla de demagogia es que alguien se asusta frente al intento de ser fieles a una realidad urgente e incuestionable».

A nuestra altura histórica, en efecto, la palabra «demagogia» es muy útil para ciertas personas. Si una doctrina reformista se extiende con éxito y no se acierta en su refutación, queda un último recurso defensivo: calificarla de «demagogia». Si un político convence a las multitudes y señala nuevos caminos, oportuno será desacreditarle poniendo sobre su cabeza el samborito de demagogos. El Diccionario aclara: «Demagogia: Gobierno o dominación tiránica de la plebe. Ningún régimen político —se piensa hoy— es peor».

Yo sospecho, sin embargo, que dentro de unos años la «demagogia» o los «demagogos» no serán mirados con tan malos ojos. Ahora todos los gobernantes se autodefinen como «demócratas» y todos los sistemas políticos son presentados oficialmente con este rótulo: «democracia». Pero no todos —ni los políticos ni los regimenes— son iguales. ¿Se acordará mañana al vocablo «demagogia» —y a sus derivados— para marcar las diferencias?

Razono de esta forma porque hasta hace relativamente poco, la «democracia» tenía una estimación social tan pesima como la que hoy se da a la «demagogia». Incluso en Norteamérica —tierra en la que primero se levantó la bandera de la moderna democracia— Alexander Hamilton, uno de los padres fundadores, pide en la Asamblea Constituyente de Filadelfia (1787) que se establezcan frenos institucionales para contener «la imprudencia de la democracia»; y cuando, años después, se quiere desprestigar al grupo de Jefferson, basta con aplicarles un calificativo: son «los demócratas». En Inglaterra, el poeta William Wordsworth dice de sí mismo el año 1794: «Yo pertenezco a la odiada clase de hombres llamados demócratas».

Acaso hasta la presidencia de Woodrow Wilson (1913-1921), la palabra «democracia» no entra por la puerta grande en el vocabulario de la nación. En los días de dos generaciones anteriores, el poeta Walt Whitman ha asegurado que el espíritu de América se condensa en el término «democracia»: «I shall use the words America and democracy as convertible terms». Pero apenas es escuchado. Woodrow Wilson es quien consigue convencer a sus conciudadanos de que políticamente debe seguirse la enseñanza poética de Whitman, y el 2 de abril de 1917 proclama en el Congreso que no sólo América, sino el mundo entero, ha de ser conquistado para la democracia.

A partir de este momento, todos los estadounidenses quieren ser demócratas. Después de la II Guerra Mundial, todos los hombres —negros, blancos o amarillos; en los Nuevos y en los Viejos Continentes— reiteran su adhesión al credo demagógico.

Mas este credo se empieza a reitar, según las personas y los regimenes, por frases distintas. La palabra «democracia» ya no sirve para caracterizar a los que amén-

mente confían en el pueblo. Tal vez, por ello, haya que echar mano del vocablo hoy degradado —demagogia— y quien desee que no le confundan con los seudodemócratas tendrá que copiar la frase del poeta William Wordsworth, dándole esta versión: «Yo pertenezco a la odiada clase de hombres llamados demagogos».

Y así, como advierte Oriol Bohigas, «ser fieles a una realidad urgente e incuestionable».

### Sobre la educación política

Ciertas personas defienden habitualmente la siguiente tesis: «Eso de la democracia está bien para los ingleses. En España la gente carece de educación política».

Nunca me convenció ese razonamiento. En mis viajes por el extranjero he tropezado —como al correr España— con hombres y mujeres interesados por los asuntos políticos, con excelente formación cívica, y también pude dialogar con hombres y mujeres totalmente impreparados para la buena convivencia. No hallé grandes diferencias entre el ambiente popular de acá y el de allá. ¿Dónde se encuentra, entonces, el fallo de nuestra máquina social?

Apoya mi convencimiento en la semejanza —no digo igualdad— del pueblo español con los otros europeos, una noticia que leo en el libro «The Government of Great Britain», de Graeme C. Moodie, profesor de la Universidad de York. Luego de consignar que en Inglaterra se publican anualmente más li-

bro por cabeza que en ningún otro país del planeta, y que allí se vende un número de periódicos por habitante superior al de cualquier zona geográfica, Moodie escribe: «A pesar de esta cantidad masiva de medios de información, la ignorancia de una parte del público sobrevive incólume. Por ejemplo, en Greenwhich, de unas 90 personas que fueron interrogadas el año 1951, un tercio no sabía cual era el Partido de su diputado (y solamente la cuarta parte recordaba su nombre); ninguna de las muchachas de un club que comparecieron ante las pantallas de la televisión, en 1957, pudo dar una pista para identificar a Nehru...» Moodie cita otros casos parecidos, y concluye: «El ser humano más conocido (para 820 personas de mil) era un hombre que se hizo famoso al declararse convicto de asesinato».

Sobre esta base social con amplios sectores ignorantes, la democracia británica funciona correctamente. ¿Por qué?

Mi opinión es que en Inglaterra los gobernantes tienen mucha educación política. (Otra cosa ocurre en el pueblo gobernado). El partido que está en el Poder nunca abusa de su situación privilegiada, y los que aguardan en la Oposición no obstaculizan sistemáticamente la tarea del Gobierno.

Si no me equivoco, fué Silvela el que advirtió: «En nuestro país no es difícil gobernar a los españoles, sino «con» los españoles».

MANUEL JIMENEZ DE PARGA (En «Destinos».)

## NUEVA DERB 400 cc.

EL CICLOMOTOR QUE REUNE LAS 5 CONDICIONES QUE EXIGE LA LEY Y además

- Con palanca de puesta en marcha
- Cambio de pie con selector, 3 velocidades
- Orgánica telehidráulica
- Suspensión trasera oscilante
- Tambor de freno central, trasero al pie y delantero a la mano
- Volante motoplát
- Carburador Dell'orto

*¡Un Alarde de Técnica!*

**MOTO REPUESTOS RODRIGUEZ**  
Paseo Zorrilla, 92

## SEGADORA-ATADORA DE UNA SOLA LONA

LA UNICA MAQUINA QUE TRABAJA FACILMENTE CON DOS CABALLERIAS. 32.000 Pts.

- Máquina en posición de trabajo, 1'35, 1'50, 1'80 mts. de corte.
- Máquina en posición de transporte, 1'25 mts. anchura de vía.
- Ligera de arrastrar, trabaja con dos caballerías, motocultor o tractor desde 7 HP. SIN CADENAS.
- Poca altura del mecanismo expulsor, con poca pérdida de grano.
- Escaso desgaste gracias a su sencilla construcción -JF-.

**-JF- IBERICA, S.A.**  
FRANCISCO SILVELA, 80-T. 2558207-MADRID  
SUCURSAL EN VALLADOLID  
PUENTE COLGANTE, 16

## Colegio "El Salvador"

Reconocido Superior

Las clases del curso de verano comenzarán el 11 de julio. Informes en la Secretaría del Colegio, de 10 a 1